Queridos feligreses, compañeros sacerdotes, hermanos todos en Cristo, no soy una persona de poesía, me inclino por la razón, me sugiere más la practicidad que el sentimiento, aunque en no pocas ocasiones, gracias a la experiencia de mis casi 25 años como sacerdote, logro sobreponerme a la emoción o los nervios que a veces me embargan.

Esta anoche, la ocasión lo requiere y es motivo más que suficiente para expresar sentimientos y emociones. Es el sentimiento de la gratitud, no sabéis que gusto da, que regocijo se siente, que gozo se experimenta cuando se sabe que Dios, aparentemente ausente, se vuelve a sentir presente, cercano, amigo y compañero.

Son muchas las personas que conozco y yo mismo lo experimento, que tenemos “bajones”. Momentos en los que nos encontramos decepcionados, frustrados, abatidos, tristes…. Cuando te echan en cara cosas que no tienen que ver con uno, por acciones que se han hecho sin mala fe, sin otra pretensión que buscar el bien común; cuando te refieren qua hay personas con familias que no saben como tirar para adelante por que han perdido el trabajo, o están en un erte, no les pagan, los están pasando mal ; Cuando nos han comunicado que un ser querido tiene una enfermedad, como dicen hoy eufemísticamente, incurable, o que se han contagiado con el dichoso virus; cuando te enteras de personas conocidas y apreciadas que han fallecido ; Cuando, quizá por el peso de la responsabilidad, pierdes las ganas de reír y la espontaneidad, y, sin saber, muy bien por qué, te levantas por las mañanas pensando en las cosas que tengo que hacer y no tanto en la nueva oportunidad que se me ofrece para poder compartir mi vida y talentos con otras personas, ponerme al servicio, con el mismo entusiasmo de hace 25 años … cuando, además ves y lees todos los desastres Y desigualdades que ocurren a nuestro alrededor y en el mundo; es como para decir: hasta aquí he llegado, no puedo más, lo dejo, me retiro, no contéis más conmigo, dejadme tranquilo, por favor.

Pero hay un motivo, y esta es la gratitud a la que me refería anteriormente, que nos hace de nuevo volver a la brecha, al compromiso, a la estabilidad, a la serenidad, a la alegría y el gozo, y es tomar conciencia de que Dios no nos deja nunca Y con una frase que memoricé hace ya muchos años, antes de ser sacerdote, puedo decir que: “toda tarde de viernes santo tiene su mañana de resurrección”.

Esto que yo experimento, creo que es común a todos los presentes en mayor o menor medida.

La resurrección de Cristo es la que hace que de nuevo podamos sentir las ganas de vivir y contagiar la alegría:

Esta noche lo estamos celebrando

* “Con el fuego nuevo que ilumina la oscuridad se nos anuncia que Jesús de Nazaret, el hombre que murió por amor a nosotros, su pueblo, ha vencido a la muerte y ahora, resucitado, vive en medio de nosotros como faro, pastor, guía y sentido de nuestras vidas.
* Con la Palabra que hemos escuchado que refería el paso de Dios en la historia, en cada una de nuestras historias personales. Que nos trasmite una presencia que habla de amor incondicional, de entrega generosa, de apuesta por el ser humano, del sí definitivo de Dios por la vida.
* Y, dentro de poco, recordaremos, nuestro bautismo, traeremos a la memoria y al corazón que somos pertenencia de Dios, que somos seres habitados por el Dios de la Vida que no ceja en su empeño de comunicarnos su vida, de hacernos parte de su cuerpo”.

Esta noche, acompañando, también nosotros a María Magdalena, a Juan y a Pedro… vemos la losa quitada porque no se puede encerrar la vida, porque el sí definitivo de Dios no puede ser secuestrado por las fuerzas de la muerte, la destrucción y la tristeza.

“El sepulcro está vacío porque la muerte no tiene la última palabra sobre Dios, que es Vida. El sepulcro está vacío porque Dios no quiere que le encontremos envuelto en una mortaja sino en los proyectos de vida digna que resurgen como un canto a la esperanza.

Ninguna losa puede cortar las alas de la libertad de los hombres y las mujeres que, como Juan, corren presurosos en búsqueda del Señor. La vida nueva inaugurada por Jesús es la de la libertad de los hijos que deja espacios para indagar, para sentir, para soñar y recorrer mundos desconocidos.

Ninguna losa puede poner marcas definitivas en el corazón de los seres humanos, marcas que etiquetan y niegan la capacidad de enmendar, de reemprender la marcha. Con Pedro, que negó al Señor tres veces, proclamamos que hoy tampoco ninguna losa puede dar por perdida la vida de nadie, todos, por el amor generoso de Dios, podemos empezar de nuevo.”

Este es el motivo, repitiendo las palabras del principio, que nos hace de nuevo volver a la brecha, al compromiso, a la alegría y el gozo, resucitó como había dicho ***¡Aleluya!…***